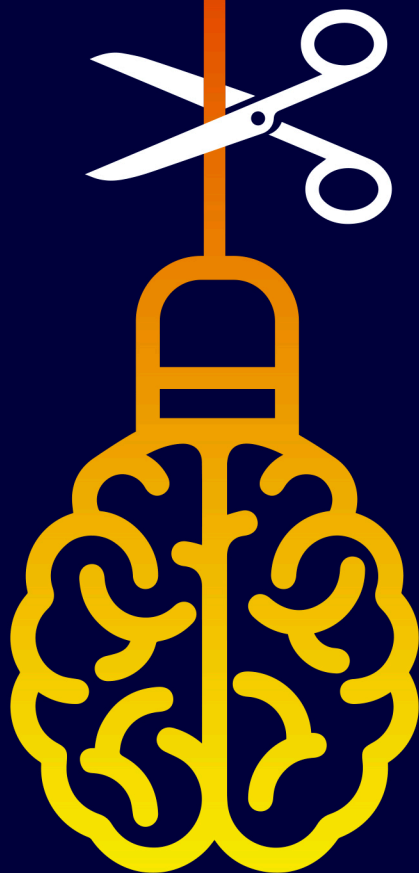


Manuel Cruz

El Gran Apagón

El eclipse de la razón
en el mundo actual



Galaxia Gutenberg

MANUEL CRUZ

El Gran Apagón

El eclipse de la razón en el mundo actual

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2022

© Manuel Cruz, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Fotocomposición Gama, SL
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 12261-2022
ISBN: 978-84-19075-59-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Introducción. Del Siglo de las Luces al Gran Apagón	11
Interregno de dos décadas entre dos siglos	12
La democracia como materialización de un modelo de razón	20
Izquierda o derecha: ¿quién juega en casa?	28
Coda: ¿Hay antifascistas de derechas?	37
Conceptos para dejar de pensar o la trampa del sentido común.	41
El eclipse de la razón oscurece también la memoria . . .	49
La determinación en última instancia de la política . . .	58

PRIMERA PARTE TEÓRICA: PENSAR A TIENTAS

1. Una de ontología: la realidad está sobrevalorada	71
Contra el pasado obligatorio	71
Sitiados por la contingencia	77
Completando el cuadro (la contingencia por venir) . . .	84
Piensa mal y no acertarás.	90
Estas son mis ideas. Si no le gustan, tengo otras	96
Conveniente no es sinónimo de convincente.	102
2. Una de epistemología: antes del Gran Apagón, la luz ya venía declinando.	107
Del modelo de explicación nomológico-deductivo al modelo narrativo	107
La devaluación de la cosa pública: la banalización no es banal (por el contrario, es abrasiva).	114
Cuando el mundo se endurece	120

Empezamos a percibir la magnitud de lo perdido	128
Atravesados por la paradoja	133
Acertar el diagnóstico y equivocar el tratamiento	142
3. Una de ética: la victimización total representa la utopía del resentimiento	149
Cuando el sentido depende de los malos	149
Se precisan malos a tiempo completo	155
Nadie es de una pieza (ni siquiera los malos)	160
Hasta el monstruo es una víctima	167
Sobre las víctimas a la carta	172
Sobre las víctimas de las víctimas	182

SEGUNDA PARTE PRÁCTICA: CONTRA LA
INCERTIDUMBRE DE LA RAZÓN, LAS CERTEZAS DE LA
EMOCIÓN

4. El problema de pensar en público	195
Acerca del naufragio de las palabras	195
Dos maneras de abordar un mismo asunto	203
Lo que subyace políticamente a cada modelo	209
Figuras reguladoras: emerge la opción del disidente	215
La lluvia fina de las microagresiones	225
El peligro del empobrecimiento del debate (si algunos tienen la razón por principio, no hay nada que hablar)	238
5. ¿Tiene interlocutores el feminismo? (Entre <i>machirulos</i> y <i>pagafantas</i>)	249
Entonces, ¿en qué quedamos?, ¿son culturales las guerras culturales?	249
Malos tiempos para el matiz	255
Morir de éxito en materia de pensamiento	262
Hegemonía en tiempos de oscuridad (discursiva)	269
Les hicieron la autocrítica (o un debate cerrado en falso)	278
Entre adultos y sin sentido	287

6. De la identidad como construcción a la identidad	
como fabulación	295
Nosotros, los de entonces, ¿ya no somos los mismos? .	295
El problema de dilucidar quiénes somos.	299
La equivocidad de un concepto	304
Las emociones no son preceptos.	311
Yo no amo a ningún pueblo.	317
Un apunte sobre la identidad personal (o el dinosaurio es el yo).	321
Epílogo. Cuando no queda más política que la prepolítica	325
La forma: dónde pensar lo que tenemos que pensar (o contra el espacio público como charca)	325
Cuando la forma deforma	330
El fondo: qué tenemos pendiente de pensar	341
Cuando el fondo tiene doble fondo	356
Etiquetismo en vez de discurso.	372
Cuando las propuestas políticas se desdibujan (hasta parecer intercambiables)	391
Epílogo del epílogo. Caminando entre escombros	404

Introducción

Del Siglo de las Luces al Gran Apagón

Por idéntico argumento por el que el siglo XVIII merecía el calificativo de Siglo de las Luces, el XXI parece estar ganándose a pulso el de El Gran Apagón. Y si lo característico del primero era su decidido empeño por examinar la totalidad de lo real a la luz de la razón, se podría afirmar que lo más propio del tiempo que nos está tocando vivir es, precisamente, el oscurecimiento de dicha luz, la sostenida tozudez con la que parece estar renunciándose al empleo de la misma como herramienta para esclarecer los más diversos ámbitos, tanto personales como colectivos, de nuestras vidas.

No hemos llegado a esta situación por casualidad, sino como consecuencia de la confluencia de diversos factores que han desembocado en una determinada manera, ayuna de racionalidad, de interpretar la realidad y, en consecuencia, de enfrentarse a ella. Podríamos, qué duda cabe, remontarnos muy atrás y reconocer en ciertos episodios del pasado los signos que, de alguna manera, anunciaban todo lo que hoy estamos viviendo. A fin de cuentas, de los negros augurios acerca del porvenir de la razón se viene hablando desde el mismo momento en el que empezó a ocupar un lugar central en nuestra visión del mundo, desplazando a otras instancias hasta ese momento hegemónicas.

Proceder de esta manera, esto es, buscar en algún episodio preterito el momento fundacional que explique lo que ahora hay, constituiría sin duda una tarea de enorme interés. De hacerlo, constataríamos, por ejemplo, que en el siglo XIX, el Romanticismo constituye algo así como el contrapunto tutelar de la tendencia, pujante en la modernidad, a considerar la dimensión racional de los seres humanos como la clave de bóveda sobre la que volver a

pensar el mundo. O, sin remontarnos tan atrás, constataríamos asimismo cómo, a mediados del siglo pasado, Georg Lukács escribía un libro al respecto, *El asalto a la razón*, en el que, junto con manifiestas exageraciones, dejaba caer certeros apuntes que más de uno debería tomar en consideración en estos tiempos, especialmente en lo tocante a la esfera política. Sin embargo, transitar por esta vía terminaría por abocarnos a un ejercicio historiográfico que, por ello mismo, no destacaría lo suficiente aquello que ahora nos parece más relevante, a saber y por decirlo a la arendtiana manera, entender lo que nos está pasando o, si se prefiere, la específica naturaleza del presente que nos ha tocado en suerte vivir.

INTERREGNO DE DOS DÉCADAS ENTRE DOS SIGLOS

Si, de acuerdo con la afirmación que ha terminado por convertirse en lugar común indiscutido, el siglo xx finalizó en 1989, con el derrumbe del Imperio soviético, está por determinar en qué momento empezó el siglo xxi. No parece que fuera en el 2001, por más que el atentado de las Torres Gemelas conmocionara al otro imperio y, por extensión, al mundo entero. Sin duda que el impacto de dicho atentado alteró de manera sustantiva tanto la política mundial como, incluso, nuestra vida cotidiana, con los controles y vigilancias de todo tipo que se incorporaron a nuestro paisaje habitual.

Pero si algo cambió el rumbo, no solo de los acontecimientos posteriores, sino también de nuestra manera de interpretar el devenir de las sociedades en las que vivimos, fue la crisis del 2008, cuya onda expansiva se prolongó a lo largo de la segunda década del presente siglo hasta encadenarse con la segunda conmoción planetaria en lo que llevamos de centuria, la representada por la pandemia del COVID-19 (cuyos estertores prácticamente se han solapado con la invasión de Ucrania por parte de la Rusia de Putin, aunque enseguida introduciremos un relevante matiz al respecto).

Imposible entender algunas de las más importantes mutaciones que se han venido produciendo en nuestro imaginario colecti-

vo sin la referencia a ambas crisis. Por un lado, el fin de las utopías de emancipación simbolizado en la caída del Muro implicaba, además del agotamiento de la confianza en la política como instrumento transformador, algo más importante aún; a saber, el abandono de la expectativa misma de transformación global de lo existente en la manera en que se había pensado hasta ese momento por parte de un sector de la izquierda. Las supuestas leyes de la historia, certificadas por una presunta ciencia (el materialismo histórico), que señalarían un rumbo para el devenir colectivo, quedaron irreversiblemente falsadas. Idéntico destino corrió la expectativa de que una determinada clase social pudiera constituirse, hegelianamente, en clase universal y hacerse cargo del destino de la sociedad por entero.

Fracasos, todos ellos, de la suficiente magnitud como para generar a su vez sus propios efectos. Así, mutaciones de apariencia puramente teórica, como, por señalar una de las que se comentará con más detalle en lo sucesivo, la que llevó a sustituir el instrumento gnoseológico de la explicación por el generalizado recurso retórico de la narración, especialmente en el espacio público, sin duda resultan más inteligibles desde esta perspectiva. Aunque tal vez el efecto más relevante sea el abandono por parte de la izquierda de los valores materialistas (o *de supervivencia*, como podrían ser el bienestar económico o la seguridad) en beneficio de los posmaterialistas (o *de expresión*, como el medio ambiente o la calidad de vida), por utilizar en nuestro provecho la clásica terminología de Ronald Inglehart. Dicho abandono, ciertamente resultado de una adaptación, obligada por las circunstancias, a una realidad ya diferente, habría producido a su vez un considerable impulso de los nuevos movimientos sociales, al colocar el foco de la atención colectiva sobre los asuntos planteados por ellos.

Nos encontramos ante una mutación de enorme alcance, que no solo afecta a los nuevos sujetos, sino también a la naturaleza de sus reivindicaciones. O, si se prefiere, que tiene lugar tanto en el plano de lo real como en el del imaginario colectivo. Convendrá subrayar que no se trata únicamente, pues, de que aquel viejo sujeto con pretensiones de universalidad –la clase trabajadora–

estallara en pedazos como consecuencia de toda una serie de transformaciones materiales de sobra conocidas y que afectaron a su propia naturaleza como clase (transformaciones de índole social, tecnológica y económica: migraciones, teletrabajo, deslocalizaciones, desaparición de la unidad-fábrica...). Se trata, también, de que la naturaleza de las reivindicaciones de cada uno de esos fragmentos en los que aquel sujeto estalló ya no se deja seguir pensando bajo la antigua lógica.

Hay quien se esfuerza, ciertamente, en que las nuevas subjetividades emergentes recojan el testigo de la voluntad emancipadora que anidaba en la vieja subjetividad, derrotada ahora en la esfera de la política y de la economía, pero se trata de una operación con dudosas probabilidades de éxito. No han sido pocos los autores que han señalado que no hay razón para pensar que el feminismo o la ecología son banderas que los sectores conservadores no puedan hacer suyas, desde el punto de vista de los principios, sin la menor dificultad teórica. Así, el filósofo y sociólogo italiano Maurizio Lazzarato ha escrito: «El tríptico clase, raza, sexo (al que se le puede agregar la ecología) corre el riesgo de banalizarse en los programas de estudios universitarios, en las nuevas mercancías culturales o en las reivindicaciones inofensivas (lo común, el “cuidado”, la relación con uno mismo, la defensa de la “naturaleza”, etcétera), y, por lo tanto, corre un [...] peligro [...], el de separar las luchas de clases raciales y sexuales de las luchas de clases “económicas”, transformando las primeras en luchas “liberales” (reconocimiento, igualdad, derechos, etc.) que el Estado y las empresas están dispuestos a acoger en sus políticas de la diferencia».¹ En el capítulo correspondiente se intentará mostrar los absurdos, contradicciones y callejones sin salida a los que, en la práctica, puede conducir el injustificado convencimiento de la existencia de un mero relevo de subjetividades en el que las emergentes recogerían sin problemas, de manos de los viejos

1. Maurizio Lazzarato, *¿Te acuerdas de la revolución?*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2022, pp. 357-358. Por mi parte, me referí a esta cuestión en el epígrafe, «¿Y si la izquierda se quedara sin banderas?», de mi libro *Democracia: la última utopía*, Madrid, Espasa, 2021, p. 261 y ss.

protagonistas de la historia, el testigo de la voluntad emancipadora.²

Por otro lado, según se empezó a apuntar, la crisis del 2008 representa la particular *caída del muro* de una utopía neoliberal que, tras el hundimiento del Imperio soviético y durante dos décadas (en ese «interregno entre dos siglos» al que se alude en el título del presente epígrafe), coqueteó con el espejismo de convertirse en hegemónica en el imaginario colectivo. Pues bien, también ella va a experimentar una notable mutación ideológica. Porque también a ella ha terminado por afectarle un fenómeno que, en un primer momento, solo parecía afectar a la izquierda.

Me refiero al hecho de que haya desaparecido de nuestros razonamientos la idea de futuro en sentido propio y fuerte, esto es, entendido como ese lugar imaginario donde ubicábamos ilusiones, esperanzas y sueños (aquel vaporoso «el día de mañana», al que solían instarnos nuestros padres para que lo asumiéramos como horizonte mental de nuestras vidas). Ahora bien, convenirá puntualizar, para que nadie malinterprete el significado de las afirmaciones anteriores, que el hecho de que hayamos podido abandonar la idea de futuro no implica, por pura lógica, que hayamos abrazado la de que el apocalipsis es poco menos que inminente, por más que Putin, en algún momento, haya parecido empeñado en ello. Seguimos pensando, cómo no hacerlo, en lo que tenemos por delante –o en lo que se nos viene encima, como prefieran ustedes decirlo– pero lo que importa resaltar ahora, a los efectos de lo que se va a abordar en el presente texto, es que nuestro modo de pensar tales referentes ha variado sustancialmente, por lo pronto, en la medida en que las herramientas categoriales heredadas parecen haber quedado del todo obsoletas.

Y de esto, decíamos, no se libra ya nadie. A diferencia de lo que pudo ocurrir en el último tramo del siglo xx, en el que el ago-

2. Una voluntad emancipadora, por cierto, cuyo contenido concreto en nuestros días dista mucho de resultar obvio o evidente por sí mismo. Véanse, a este respecto, las colaboraciones de Rosa María Rodríguez Magda, Daniel Gascón y Javier de Lucas en Manuel Cruz (coord.), *Ante el desorden del mundo*, Barcelona, Gedisa, en prensa.

tamiento del futuro parecía afectar únicamente a los proyectos y visiones del mundo de corte emancipador, conmocionados por esa transformación real que significó el hundimiento del llamado *socialismo real*, lo de nuestros días no ha dejado nada ni a nadie a salvo. Y si hubo algún momento en el que el fracaso de las utopías de izquierdas dio alas a los partidarios de una presunta utopía (neo)liberal, también esta última, tras las dos devastadoras crisis que lleva contabilizadas el presente siglo, parece haberse ido por el sumidero de la historia.

Importa dejar claro, a fin de evitar malentendidos propiciados por acontecimientos de incuestionable gravedad como ha sido la invasión de Ucrania por parte de Rusia, que es del marco mayor de interpretación de lo que estamos hablando. Porque, al igual que en su momento el siglo xx pudo contener en su seno dos guerras mundiales devastadoras e infinidad de dramáticos conflictos, así también el tajante dictamen de Fukuyama no excluía que siguieran pasando cosas, incluso extremadamente preocupantes, en la historia. Lo que se daba por finiquitado es que esta fuera capaz de generar un modelo alternativo al del par *modo de producción capitalista / democracia liberal*.

Pues bien, precisamente por eso, tampoco resultaría correcto ahora inferir de nuestra afirmación de que el siglo xxi empezó en 2008 que lo que se está pretendiendo es minimizar episodios tan trascendentales como los recién mencionados o, variante desplazada de lo mismo, pensar que este orden de episodios, según la magnitud de las consecuencias a que dé lugar, debería hacernos reconsiderar nuestra hipótesis sobre los límites de cada siglo. Interpretar así lo planteado constituiría un flagrante error conceptual. Porque de lo que se trata aquí es de otra cosa bien distinta, a saber, de dejar claro que las coordenadas mayores en que inscribimos cuanto ocurre, al margen de su mayor o menor importancia (lo que bien pudiéramos denominar, foucaultianamente, la *episteme* histórico-política), han experimentado una mutación radical. Mutación que es la que nos autoriza a hablar de fracaso de la utopía (neo)liberal.

No creo que semejante afirmación peque de exagerada. En primer lugar, y tal vez sobre todo, algunas de las afirmaciones mayo-

res de aquel conservadurismo liberal, como, en lugar muy destacado, la reivindicación de un Estado mínimo, pronto se vieron desbordadas por los propios acontecimientos. Si la gestión austericida de la crisis del 2008 dejó profundas heridas en amplios sectores sociales, la pandemia del 2020 (sin duda agravada enormemente por el conflicto bélico desencadenado por Putin) ha generalizado entre la ciudadanía el convencimiento de que resulta irrenunciable reclamar que lo público se haga cargo de su protección. De ahí que también la derecha haya pasado a considerar que el campo de batalla idóneo para sus particulares propósitos de obtener un considerable respaldo electoral no es ya el propiamente político-social, sino ese otro que, a partir de un determinado momento, se denominó el de las *guerras culturales*.

Habría que incorporar un segundo factor al análisis para entender mejor este fracaso de las utopías conservadoras. No estamos hablando de la consistencia o de la viabilidad de unas u otras propuestas,³ sino de un hecho fácilmente constatable y es que no parece, desde luego, que el combate por las transformaciones globales de la sociedad en cualquier sentido sea capaz de movilizar ya a la ciudadanía, fatigada hasta la decepción por los reiterados incumplimientos de los programas de máximos de unos y de otros. Lo que es como decir, todavía con mayor rotundidad y pasando ya al plano más general, que han sido los fracasos en la es-

3. Si planteáramos las cosas en ese terreno, tal vez cabría afirmar que las propuestas teóricas que se reclaman, de una u otra manera, de la izquierda, han ido ganando peso en los últimos tiempos. Thomas Piketty (*El capital en el siglo XXI*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014) abrió una brecha al señalar la desigualdad económica que socava nuestras sociedades. Otros pensadores progresistas han hecho lo propio con la importancia de una fiscalidad progresiva (Gabriel Zucman y Emmanuel Sáez, *El triunfo de la injusticia*, Madrid, Taurus, 2021), la centralidad del Estado en la creación de valor (Mariana Mazzucato, *Misión Economía*, Madrid, Taurus, 2021), el nuevo papel de los bancos centrales (Adam Tooze, *Crash*, Barcelona, Crítica, 2018), las quimeras de la austeridad (Mark Blyth, *Austeridad. Historia de una idea peligrosa*, Barcelona, Crítica, 2014), la necesidad de reordenar los gastos del Estado (Jean Tirole, *La economía del bien común*, Madrid, Taurus, 2017) o, en fin, las bases de un nuevo contrato social adecuado al siglo XXI (Minouche Shafik, *Lo que nos debemos los unos a los otros*, Barcelona, Paidós, 2022).

fera de la política –también el del modelo conservador de sociedad– los que han terminado por generar una incuestionable crisis de confianza por parte de la ciudadanía.

Es bajo esta perspectiva bajo la que se deben introducir en el análisis de la situación otros elementos, asimismo obligados, para entender nuestro presente. Así, el hecho, contrastado hasta el hartazgo y que con toda seguridad irá apareciendo en lo sucesivo, de que nuestra sociedad se haya convertido en una auténtica sociedad del espectáculo en modo alguno puede ser pensado como resultado de un cambio autónomo en la manera de entender lo social, esto es, como una variación en las opiniones dominantes que habría dado lugar a transformaciones en la esfera de lo material, sino justamente a la inversa. Han sido determinadas transformaciones materiales (incluyendo aquí, como habrá ocasión de subrayar, también lo político en sentido máximamente amplio) las que han venido a alterar de manera sustancial la actividad de la práctica totalidad de los ámbitos de la vida colectiva y, en su estela, muchas de nuestras opiniones al respecto.

No hay duda de que, en concreto, ha sido el enorme desarrollo tecnológico que han experimentado los medios de comunicación (sin descuidar las redes sociales) el que ha terminado por propiciar que nuestra sociedad se convirtiera en sociedad del espectáculo. Pero este espectáculo, con toda probabilidad, habría adoptado otra deriva si no se hubieran producido determinadas transformaciones políticas de carácter global. No cuesta imaginar el uso que de todos los nuevos instrumentos de comunicación se hubiera hecho en un contexto de guerra fría como el que vivió el planeta en el momento de máxima tensión entre bloques. Probablemente, tales instrumentos habrían servido no para alimentar la banalidad en la que hoy vivimos inmersos sino para llevar al límite el miedo colectivo a un ataque nuclear de consecuencias catastróficas para la humanidad por entero.

En todo caso, estamos donde estamos, y alguna consecuencia relevante se desprende de mirar las cosas desde el ángulo de lo que realmente hay ahora. Como, por indicar una, la de que se impone ampliar el foco de la atención a la hora de tratar los asuntos colectivos, y dejar de hablar, como es tan habitual en esos ca-

sos, únicamente de la política (o de los políticos) para pasar a hacerlo, en su lugar, del espacio público en general. Siguiendo esta lógica hasta el final, bien podríamos decir que lo que los profesionales de la política llevan a cabo en realidad es el suministro de la materia prima a los profesionales de los medios para que una parte sustancial del espectáculo pueda continuar. O, por formular esto mismo en términos ciertamente algo provocadores, la política habría terminado por constituir algo así como el departamento de producción de contenidos para dichos medios. En todo caso, no queda muy lejos nuestra afirmación de la que planteaba hace no tanto, en términos algo menos provocadores, Christian Salmon en su libro *La ceremonia caníbal*: «El hombre político se presenta cada vez menos como una figura de autoridad, alguien a quien obedecer, y más como algo que consumir; menos como una instancia productora de normas que como un producto de la subcultura de masas, un artefacto a imagen de cualquier personaje de una serie o un programa televisivo».⁴

Pero la onda expansiva de estos efectos no se detiene en lo señalado. Son tantos los contenidos que necesita aportar el mencionado departamento de producción (o sea, la política) y tantos, más allá, los que necesitan dichos medios para no dejar de funcionar que termina por resultar imposible guardar memoria de todos; impotencia que, en parte, queda descrita a través del concepto de volatilidad. Además, como tampoco se pretende por parte de aquellos la comprensión sino la conmoción emotiva, que es la forma que mejor permite la captura de la atención del ciudadano desbordado por la enorme cantidad de mensajes que recibe, la repetición y el *remake* que no se reconoce en su condición de tal pasan a estar a la orden del día. El resultado es que nos encontramos ante el procedimiento más eficaz para que todo termine cayendo en el olvido.

4. Christian Salmon, *La ceremonia caníbal*, Barcelona, Península, 2013, p. 12.